

esta conducta de San Pablo una prueba inequívoca é irrefragable, un hecho mas elocuente que una apología, una solemne proclamacion de la eminencia y autoridad suprema de San Pedro sobre toda la congregacion apostólica? Por lo demas, la reprension del Apostol al Soberano de la Iglesia en el mismo pasage nada arguye contra lo anterior para la supremacia del hijo de Jonás. Ya en uno de los primeros números de nuestro periódico se manifestó no ser ella otra cosa mas que la correccion caritativa y reverente del inferior al superior, que únicamente yerra en su conducta y recibe con humildad y provecho la reprension de su súbdito: la justa entereza de San Pablo y la santa humildad de San Pedro es tan solo cuanto de tal hecho puede legitimamente deducirse. Fuera de lo expuesto por no ser difusos, queremos pasar por alto otros varios pasajes del Apóstol en los cuales ya literal ya figuradamente hace honorífica mencion de la supremacia del jefe del Apostolado. Con lo expuesto nos creemos ya con derecho suficiente para desmentir la gratuita é imprudente aseveracion del enemigo del Papado de que en ninguna de sus Epístolas menciona el Apóstol la supremacia de San Pedro.

2.º No hemos podido encontrar, por mas que hayamos alambicado el pensamiento, la razon de que San Pablo debiera haber escrito una larga Epístola sobre la institucion divina del Pontificado. Los dogmas del Catolicismo están revelados en la Escritura ó en la Tradicion. No todos se encuentran en sola la Escritura, ni la sola Tradicion todos los enseña. Además, los que están gravados en los Libros Santos se hallan diseminados por aqui y allí; unos en un libro ó en varios, otros en otro ó en dos mas. Setenta y dos son canónicamente los libros en que se comprende el Antiguo y el Nuevo Testamento, en cuyo número deben considerarse esparcidas las verdades reveladas por Dios en su palabra escrita. ¿Por qué, pues, á San Pablo corresponderia escribir una larga Epístola sobre el Pontificado? ¿Por ventura los dogmas escritos de la Religion fueron divididos en secciones ó ramos, y al Apóstol tocó disertar sobre el ramo de la gerarquía Eclesiástica? ¿O acaso sobre cada verdad importante, sobre cada institucion católica notable debiera haber escrito una Epístola San Pablo? Siendo esto así, como todas las verdades é instituciones cristianas son grandiosas y todas se hallan íntimamente unidas constituyendo lógicamente una cadena inmensa que partiendo de la mano de Dios y pasando por sobre las cimas del Sinai y del Calvario al través de las edades termina en el trono de San Pedro, sobre la cumbre del Capitolio donde se afianza de ella la humanidad; y como todas ellas van manifestándose por el magisterio de Dios en razon directa de las necesidades y situaciones del espíritu del hombre, debiendo tener su desenvolvimiento último en el último desarrollo del humano linaje en la evolucion postrera de los tiempos, resultaria que toda la vida y actividad toda del Apóstol habria sido infinitamente pequeña é insuficiente relativamente al tiempo y trabajo necesarios para dar á luz tantos escritos, y las bibliotecas todas del mundo con dificultad podrian abarcar aquellas enormes y gigantescas colecciones de Epístolas. ¿O dirá tambien el mentido obispo que las verdades que el orgullo del hombre en el frenesí de la infidelidad habia de combatir durante la expedicion militar del Catolicismo sobre la tierra, debian haber tenido por expositor y apologista en el nacimiento de la Igle-

sia á uno solo de los escritores sagrados? Tarea eterna ciertamente hubiera sido para San Pablo semejante empresa, cuando la mentira de Satanás murmurada al oido de la soberbia del hombre desde el siguiente dia de su creacion diariamente está insuflando al espíritu de los incautos que se dejan sorprender y seducir por el tentador, y que cerrando los ojos á la lucidez de la fé, delirantes corren por entre las lóbregas tinieblas del error amontonadas en derredor de sus perdidas inteligencias dando traspies á cada paso y acometiendo frenéticos todos los órdenes de verdades contra las cuales en su ciego caminar tropiezan. No, volvemos á repetirlo, no encontramos razon ninguna, es de todo punto infundada, es extraña, es risible é insensata la pretension de que á San Pablo hubiera correspondido escribir una Epístola para tratar ex-professo del Papado. Los dogmas de las prerogativas de San Pedro deben encontrarse en la Escritura ó en la Tradicion; en este ó en aquel libro, capítulo ó versículo; en uno solo ó en varios lugares; implícita ó explícitamente. Convenidos. Ya de conformidad con esto manifestamos bastantes testimonios perentorios de la Escritura y de la Tradicion, omitidos innumerables en pro de la brevedad, en los cuales incontestablemente se ostenta la Supremacia del Príncipe de los Apóstoles hasta en escritos de San Pablo. Pero avanzarse de aquí hasta exigir que San Pablo debiera haber tratado del Pontificado, y no como quiera, sino ex-professo escribiendo sobre él una larga Epístola, sin mas fundamento que ser el Apóstol uno de los escritores inspirados y tener importancia la materia atreviéndose á deducir de tal omision fantástica el escritor herético la nulidad del dogma, esto francamente se llama hacer escarnio del sentido comun, dar al traste con la lógica natural. Aunque el Apostol no hubiera apuntado ni la menor indicacion sobre el Primado de San Pedro, lo cual no es verdadero, no seria sin embargo tal silencio ningun argumento negativo contra la institucion divina del Papado, á menos de borrar del entendimiento hasta los rastros de las inmutables leyes del raciocinio.

Pasemos á la refutacion de los demas conceptos.

Tenemos, segun el concepto tercero, que en los tiempos de los Apóstoles no tuvo Papa la Iglesia y que entonces fué mas pura, mas bella y mas santa. En verdad, que no deja de ser sorprendente la cándida por no decir imprudente facilidad con que los enemigos del Pontificado pasan por alto los mas salientes sucesos de la Historia. ¿Pensará acaso el adversario del Sumo Pontífice que el nombre de *Papa* es sustancial é idénticamente la institucion divina del Papado, y que por lo mismo, hasta que el padre comun de los fieles fué designado con ese nombre comenzaron á atribuirsele las prerogativas que en él acatan los católicos? Si así fuera, no tendríamos empacho en confesar que no solo en los tiempos de los Apóstoles, sino tambien en los que siguieron hasta principios del siglo X segun Tomasino, hasta el concilio de Clermon presidido por Urbano II en 1095 segun otros, ó hasta el sínodo celebrado en Roma en tiempo de S. Gregorio VII en 1073 segun los demas, como á todos los obispos se daba tambien el nombre de *papas*, el Papado no existia en la Iglesia cual ahora y en tal sentido la Esposa de Jesucristo llegó á subsistir sin Papa. Mas como para nosotros no hay identidad entre uno de los nombres de una institucion designada con denominaciones mil y entre la misma institucion; como nosotros creemos

que en diferentes lenguas los nombres de las cosas tambien se diferencian; como á nuestro juicio desarrollado el pensamiento, el lenguaje tambien varia y se desenvuelve; como á nuestro ver una misma verdad, una misma institucion va sucesivamente recibiendo los nombres que en su evolucion continua especifican mejor las fases de que se reviste en virtud de sus manifestaciones y aplicaciones á las necesidades, vicisitudes y progresos de la humanidad; como nosotros en fin, reconocemos la variabilidad indefinida del lenguaje, lejos de encontrar dificultad ninguna contra las prerogativas del Pontificado en la falta del nombre especial de *Papa* en los 10 ú 11 siglos primeros de la Iglesia, vemos al contrario, seguir las cosas su curso natural, designándose á la Cabaza de la Cristiandad en los primitivos tiempos con el nombre correspondiente al carácter que con relacion al mundo en ella resplandecia de una manera mas maravillosa y reservándose el nombre de *Papa* expresivo de los sentimientos de entusiasmo y de admiracion, ó significativo de *Padre de los Padres* ó de *el mayor de todos*, para la época en que á causa de los beneficios inmensos prodigados á la humanidad por los Soberanos Pontífices, á causa de la grandeza y esplendor del poder pontificio en el órden espiritual y temporal, y en fuerza de la gratitud y acendrado amor de los pueblos á sus salvadores y benefactores, deberian quedar esculpidos en el corazon de las naciones por medio del nombre de *Papa* los recuerdos mas tiernos y gratos y embelesadores. No obsta, por tanto, el que en tiempo de los Apóstoles la Iglesia no haya tenido *Papa* segun el nombre, si lo tenia segun la realidad. Nada importa que el Salvador no haya dicho á San Pedro *Tú eres Papa* si le dijo *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos*, palabras en que virtual y eminentemente están contenidos todos los nombres que en la serie de los tiempos debian constituir las fórmulas de los beneficios, grandezas y glorias del Pontificado. La dificultad, pues, tomada del nombre de *Papa* es del todo insubsistente para derruir el Primado de San Pedro; puesto que ese nombre no es otra cosa mas que una manifestacion ulterior del mismo Primado á su debido tiempo. Por lo que mira al Papado, no segun la denominacion, sino segun la realidad y la sustancia, el album de los soberanos Pontífices desde San Pedro hasta Pio IX, es una respuesta de hecho que desvanece luego la gratuita asercion de que en los tiempos de los Apóstoles ó en cualesquiera otros no existió la institucion excelsa del Papado.

Agrega el fingido principe de la Iglesia que *cuando no hubo Papa*, en tiempo de los Apóstoles, *la Iglesia fué mas pura, mas bella y mas santa*. Si se habla del Papado segun la realidad, respondemos que el disidente delira, que se complace en vagar por las regiones de la quimera, que su fantasia calenturienta conduce su mente por espacios imaginarios, por veredas fantásticas, por la nada. La verdad, la realidad del Papado se encuentra á una elevacion á donde no alcanzan la mano ni el tiro de sus enemigos, los débiles ecos de la infantil conseja que la heregía preside se pierden antes de llegar á aquellas alturas inconmensurables donde la figura de Pedro se perpetúa al través de las edades y generaciones. Si, los ímpetus de la heregía se estreñan siempre al chocar contra la grandiosa columna que comenzando por la

*Cephas* colocada en la base por la mano de Jesucristo ostenta en la cima la dura peña de que en el siglo XIX han brotado al golpe de la vara de la inspiracion divina las fuentes puras que en la Concepcion Inmaculada de María y en la Infalibilidad del Vicario de Dios fecundizan los campos eternos del catolicismo. El adversario, pues, habla como demente de lo que no existe, calificando á la Iglesia en condiciones y circunstancias á que jamás se la ha visto sujeta. Mas si se trata del Papado segun el nombre, la Iglesia en este caso aparece organizada en todo tiempo de la misma manera con el Papado á su cabeza; y la cuestion queda entónces reducida á la comparacion de la Iglesia de la época de los Apóstoles con la de las épocas posteriores hasta la presente, para deducir del paralelismo la superioridad de la primera sobre las demás, en pureza, belleza y santidad. A la verdad, nos consideramos del todo incompetentes para formar esos paralelismos gigantescos en que nuestra mente se perderia y quedaria abrumada ante grandeza tan sublime. Hay tantas cosas que ver y por lados tantos en cada época eclesiástica que ni por ensueño nos ocurre acometer esa colosal empresa, tarea propia y exclusiva del génio. Solamente haremos notar que la Iglesia Católica es siempre *el cuerpo y la esposa de Cristo, el tabernáculo de Dios con los hombres, la casa de Dios, el templo de Dios, la nacion santa, el sacerdocio real, la generacion escogida*; que la misma que venció al paganismo en las batallas de los mártires, dominó con el prestigio de sus virtudes la ferocidad brutal de la barbarie y engendró en su seno la fecunda caridad de los modernos siglos; que en todo tiempo se ha acomodado al carácter de que sucesivamente se va revistiendo la humanidad en su progresivo desarrollo, y los encantos y perfumes de la virtud no son idénticos en la niñez, en la juventud, en la virilidad y en la vejez; que la Iglesia del siglo XIX brilla con los esplendores de la pureza, de la hermosura y de la santidad adecuados á la altura del legítimo progreso á que el espíritu humano ha remontado sus gigantescos vuelos en la edad moderna; que en la actualidad no solo el hombre se cubre de gloria en las tareas heroicas del Apostolado á la vez que de la mas brillante civilizacion, sino que hasta la mujer abandonando no ya únicamente las magnificencias y todas las lisonjeras esperanzas con que pu tierá brindarle el mundo para sepultarse en los solitarios asilos y consagrarse toda al servicio exclusivo de Jesucristo á quien sin reserva hace donacion completa de su propia personalidad, sino aun el velo que cubre su mística existencia, con un valor todo divino emigra hasta á los ámbitos del mundo en union de sus heroínas compañeras cual enjambre de castas palomas celestiales correos de la beneficencia y civilizacion cristianas, para destilar el bálsamo de la Religión y de la dicha en la cuna de los expósitos, en la niñez desvalida, en la desamparada senectud, en los campos de batalla, en el lecho del paciente, y en el paso difícil del que pisa ya los umbrales de la eternidad, y en fin para remediar todo infortunio y santificar en su esfera todo aquello á donde por algun motivo no alcanza la accion inmediata del sacerdote católico. Sin establecer pues paralelismo entre las diferentes épocas de la Iglesia, afirmamos sin vacilacion ninguna que la Iglesia actual tiene pleno derecho á que se admire en ella la pureza, hermosura y santidad de los tiempos apostólicos acomodadas á las necesidades y estado presente de la humanidad, sin que las tinieblas que el error ha amontonado en el siglo XIX hagan

respecto de ella otra cosa mas que aumentar con su negro fondo el brillo deslumbrador de la radiante hermosura de la Esposa del Verbo y sin que el torrente de corrupcion que inunda al mundo actual alcanzando á bañar á numerosos ciudadanos de la nacion santa que se tapan los oidos para no percibir la voz de alarma de los pastores de Israel, logre mas que ostentar la limpida y célica virtud de los hijos sumisos que escuchan y ponen en práctica los amorosos consejos de su tierna Madre.

Queda, por tanto, desvanecido el concepto tercero de que en tiempo de los Apóstoles no hubo Papa en la Iglesia y que en esa acefalía fué mas pura, mas bella y mas santa. Como expresion del entusiasmo que al impugnador del Primado debió inspirar tal vez la potencia de este argumento tuvo la ocurrencia de introducir tambien en esta vez las voces de (*No es verdad; no es verdad,*) como proferidas por los Padres del Concilio y de circunscribir luego la negacion á los labios de Monseñor de Lava á quien endereza la palabra el orador para desafiar á él ó á cualquier otro á que lo desmienta *abiertamente ante el Universo, puesto, dice, que este recinto es un centro desde el cual nuestras palabras vuelan de polo á polo.* Como no es mas que un aborto de la imaginacion enfermiza del fingido Strossmayer toda esta ridícula comedia, inclusa la personalidad de Monseñor de Lava, actor único creado por el escritor con la mision única de pronunciar un «*nó,*» á nuestra vez tambien diremos que *abiertamente ante el Universo* ha mentido el enemigo del Pontificado; y que su impudor, su embuste, su mala fé, su cinismo igualmente *vuelan de polo á polo* para honra y gloria sempiterna de la heregia. Examinemos rápidamente los otros dos conceptos.

Supone el adversario del Pontificado que la Iglesia Romana no es ya Apostólica, al poner en paralelo la Iglesia actual con la *Iglesia Apostólica*; ó circunscriba la idea de apostolicidad, formándola exclusivamente de la sola consideracion del tiempo en que existieron los Apóstoles. En este caso ya acabamos de notar lo que nos parece observar en la comparacion de las diferentes épocas de la misma Iglesia con idéntica organizacion en su jerarquía. En el primer caso, ampliando como se debe la nota de la apostolicidad, todo el que no cierre los ojos á la luz del dia verá irradiar en la Iglesia Romana los brillantes rayos de la Apostolicidad en el magisterio y en el régimen. La doctrina que los Apóstoles recibieron de Jesucristo, la mision de enseñar á las naciones todas no ha sufrido en sus principios la variacion mas diminuta en la Iglesia Católica Romana; lo verdadero en boca de S. Pedro es verdadero en la enseñanza de Pio IX; lo falso para los Apóstoles es falso para el Episcopado del siglo XIX. La Iglesia Romana, profetizada su muerte á cada instante por la heregia, ha sido testigo del nacimiento é inhumacion de todos los errores; sin que nunca se la haya podido tachar fundadamente el haber falseado en lo mas mínimo la menor verdad enseñada por los Apóstoles, cuando ella, por el contrario, ha procesado siempre y sentenciado á muerte á todas las heregias apenas muestran el primer soplo de vida. La Iglesia Romana, como ya lo indicamos, tambien presenta una série constante de pastores desde San Pedro hasta Pio XIX, desde los Apóstoles hasta los actuales obispos con las credenciales legítimas de la delegacion del poder apostólico al través de los tiempos, sin que las tempestades del cisma,

de la heregia, del cesarismo y de las pasiones hayan podido jamas reventar la férrea cadena de la sucesion legitima en la monarquía eclesiástica. Al pretender los enemigos del Catolicismo embestir los dos precitados caracteres de apostolicidad, todos sus esfuerzos han sido risibles, y generalmente han resuelto mejor devorar en silencio su rabia y su despecho, conocida la impotencia y nulidad de sus pimeos ataques.

Supone, por último, el impugnador del Primado que la Iglesia Apostólica no fué gobernada por ningun Papa. A esto contestamos. Si se considera la apostolicidad atendida solo la personalidad de los Apóstoles. San Pedro y sus primeros sucesores gobernaron la *Iglesia Apostólica como Papas* en la realidad, aunque no fueran llamados por ese nombre por las razones alegadas antes. Si la apostolicidad se toma en su debida extension, por razon de la doctrina y del gobierno, la Iglesia Romana siempre ha sido es y será Apostólica, y nadie podrá hacer desaparecer de ella la realidad del Papado desde el Principe de los Apóstoles hasta el Pontífice del último dia del mundo sino aquel que sea capaz de estorbar y nulificar la determinacion de Dios, para el porvenir y hacer respecto del pasado que no haya existido lo que ya existió.—PRESB. RAMON LOPEZ.

#### EL SR. D. GUILLERMO BOYD.

Suelen las personas de nuestro pueblo confundir á este señor con el obispo protestante que se halla en Guadalajara, en lo cual incurren en un error que con justicia desea el interesado que se deshaga. El Sr. Boyd es médico cirujano del ejército mexicano: profesa la religion católica apostólica romana: en Nueva Orleans fué presidente de la sociedad de San Vicente; pronunció una oracion pública en favor del Sumo Pontífice y contra las usurpaciones de Víctor Manuel, la cual fué remitida á su Santidad quien se manifestó complacido: fué socio de la confraternidad de Benevolencia de San Estévan de Nueva Orleans. Ha renunciado la ciudadanía norte-americana y desempeña su profesion en México, su patria adoptiva. Desea el Sr. Boyd que se haga saber esto al público.

#### REVISTA.

PROGRESOS DEL CATOLICISMO EN LOS ESTADOS-UNIDOS.—«Es un hecho singular que en los Estados-Unidos sea donde la Iglesia Católica Romana ha encontrado fácilmente un campo fértil y sin proteccion. Esta estupenda organizacion religiosa se ha desarrollado por si misma con una rapidéz inusitada y con buen éxito. Ochenta y cuatro años hace que habia 25,000 católicos romanos en los Estados-Unidos. Ahora hay 9 millones. Habia un obispado, hoy hay 54, además 6 vicarios apostólicos y 4 abadías. Habia 21 sacerdotes, hoy hay 4,890: habia 3 ó 4 capillas; hoy hay 47 catedrales, 4,250 iglesias y 1,754 capillas y estaciones. Hoy hay tambien 138 monasterios de hombres y 383 conventos de mujeres, 1,557 Academias y escuelas; 283 institutos de caridad y 112 seminarios y colegios, en los cuales hay entre otros estudiantes 848 jóvenes que estudian para presbíteros. En los últimos 95 años la poblacion del país ha aumentado en un 1,433 por 100; pero la poblacion católica romana ha aumentado durante el mismo período en cerca de un 39,000 por 100. Y la propor-

cion de católicos con el total de la población es de 9.600,000 á 39.000,000 la que es casi como 1 á 4. Es preciso recordar que los católicos americanos, son casi ultramontanos, siendo el galicanismo enteramente desconocido para ellos.»—(*Eco de Londres.*)

**PASMOSOS EFECTOS DE LA CIVILIZACION DE LONDRES.**—Con el título de «Estadística» dice la «Sombra de Arteaga.»

«Ha sido publicada la octava estadística general del reino unido de la Gran Bretaña. En esta estadística va comprendida la de los accidentes ocurridos en Londres de 1866 á 1870 en la vía pública, y que ascienden á 420 muertos y 6,604 heridos, subdivididos como sigue: Producidos por coches de plaza, 59 muertos y 1,720 heridos; por ómnibus, 59 muertos y 363 heridos; por carruajes particulares, 20 muertos y 988 heridos; por carretas, 142 muertos y 2,667 heridos; por wagones y por bombas de cauciones, 83 muertos y 312 heridos; incendio, un muerto y 19 heridos; por caballos de silla, 10 muertos y 153 heridos; por carros y carretas pesadas, 65 muertos y 378 heridos; por velocípedos, 1 muerto y 4 heridos.

Reunidos los muertos y los heridos, se llega á la formidable cifra de 8,027 accidentes producidos en cinco años por el terrible ejército de coches, carros, ómnibus y caballos que circulan noche y día por las calles y plazas de Londres.»

**EL CORO DE LA IGLESIA DE STA. MARIA DE GRACIA.**—Al principio de este año empezó su demolición. «Juan Panadero» instruyó entonces al público de todos los pormenores de este negocio hasta la suspensión que se hizo entonces de los trabajos de destrucción los cuales habian acabado ya del todo con una de las bóvedas superiores y con gran parte de la otra y habian puesto en estado de ruina las dos bóvedas inferiores dejando caer sobre ellas las piedras de las superiores. Posteriormente ha continuado la demolición: ya no existe la antigua torre y pronto desaparecerá todo lo que fué el coro de Sta. María de Gracia, quedando abierta una calle que inmediatamente se cerrará con la manzana del teatro que queda al frente y que *goza de fuero* contra el principio civilizador de la apertura de calles que arrolla los edificios del culto católico.

**PESCA DE PERLA.**—Nos parece digno de llamar la atención lo que dice sobre esto el «Occidental» de Mazatlan en su editorial de 27 del pasado y en especial, lo que copiamos á continuación: «Habiéndose permitido á los buques extranjeros por el reglamento de 16 de Marzo de 1872, dado por el Ministro de Hacienda, que hicieran la pesca de Perla, ya están dos buques venidos de San Francisco haciéndola en aguas de California provistos de muchas máquinas y de víveres y todo lo necesario para sus tripulaciones. Muy pronto, en consecuencia, se van á agotar los placeres de la ostra perlífera, como se acabaron en Panamá, aniquilándose así un elemento de riqueza para el Territorio.

«A nuestro modo de ver se hace preciso reglamentar la pesca no permitiéndola consecutivamente todos los años en los mismos placeres, sino dividiendo el litoral en áreas, en que solo se permita la pesca cada cuatro ó cinco años; y prohibiendo bajo severas penas la extracción de la cria ó concha pequeña, como lo propuso en 1871 la Aduana marítima de la Paz.

«Además, se hace preciso proteger la conservación de la concha y la explotación de la pesca por los habitantes de aquel Territorio, prohibiendo la pesca á los buques extranjeros. Estos nada dejan al Territorio; todo lo traen consigo, y tal vez se ocupan del contrabando. Lo poco que pagan al gobierno por derecho de toneladas no compensa los perjuicios que causan al tráfico nacional.»

«Llamamos por tanto muy poderosamente la atención de los Ministerios de fomento y de hacienda sobre este importante asunto.»—RR.

Sabado 20 de Setiembre de 1873.

## EL CATOLICISMO Y LA FE.

### § III

Hemos presentado la fé católica en su conformidad con la grandeza de Dios y la dignidad humana y en su seguridad y certidumbre, veámosla ahora en el sentido de su grande interés y utilidad, dando una rápida ojeada sobre algunos de los beneficios que de ella ha recibido el mundo.

Dos hechos son los mas grandes y universales que se registran en los anales de la historia del espíritu humano. El primero es que todavía hace diez y nueve siglos el mundo todo, con excepcion de un solo pueblo, se hallaba sepultado en las tinieblas de la idolatría y en los errores mas trascendentales sobre las cuestiones de mas interés de que el hombre puede ocuparse respecto de Dios, de sí mismo y del Universo que son los tres grandes objetos en que se reasume todo aquello sobre que puede versarse nuestra ciencia. El segundo hecho es que la idolatría y todos esos funestos errores se disiparon no por los esfuerzos de la razón ó de la ciencia humana, ni por la enseñanza de alguna otra doctrina religiosa, sino únicamente por la predicación de la fé cristiana, cuando dispersándose por el mundo los enviados del Salvador de los hombres, y ordenando ellos mismos otros muchos colaboradores en su alto ministerio, hicieron llegar hasta los mas remotos países la noticia de la Divinidad del Redentor que en Jerusalem habia muerto en una cruz, y dieron á conocer la Religión que enseñó para salvar á los creyentes.

Ya que en el siglo XIX se encuentran tantas sociedades que se apropian el título de cristianas, no hay duda que se cubrirá de gloria, que adquirirá honra inmortal la que pueda demostrar que ella es y no otra alguna la que pasando apenas la muerte del Salvador acometió la colosal empresa de desengañar al mundo, de hacer brillar la luz á los ojos de todas las inteligencias y de mostrarles la verdad y el recto camino de la vida y de la felicidad. La sociedad religiosa que demuestre ser ella la que hizo á la humanidad este beneficio inmenso, será acreedora á gratitud eterna y al amor de todas las generaciones. ¿Y por qué no procuran para sí esta gloria los protestantes? Aquí tienen la mas bella oportunidad para engrandecerse á los ojos de todos: no la menosprecien; presenten cuanto ántes los títulos con que hagan ver que ellos fueron los que iluminaron al mundo idólatra, los que trajeron al recto camino al mundo perdido. Pero ¿cómo han de hablar los protestantes sobre este asunto? ¡Bien quisieran que nadie hablara de él! Se felicitarían si el modo con que se hizo el tránsito de los antiguos errores á la profesión de las verdades cristianas estuviera tan envuelto en disputas é incertidumbre como los hechos mas difíciles de averiguar que han dejado burlados todos los trabajos de los historiadores y críticos mas diligentes. La claridad de este hecho debe molestarles sobre manera, pues por una parte se miran á sí mismos separados de él por el es-